EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

¡POBRES HIJOS!

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO



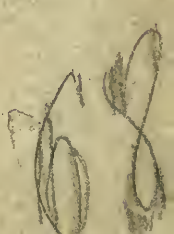
MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFIINAS: POZAS, 2, 2.°

1900





Al eminente actor Sr. Dn.
Juan Espantaleon, su affmo.
amigo
Eusebio Blasco

¡POBRES HIJOS!

¡POBRES HIJOS!

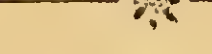
COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 9 de Enero de 1900



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SALOMÉ	Doña Rosario Pino.
CARLOTA	Doña Concepción Suárez.
LUCÍA	Doña Matilde Rodríguez.
TERESA	Doña Josefina Álvarez.
LA HERMANA CLETA	Doña Rosa Tovar.
ENRIQUE	Don Emilio Thuillier.
DON AGUSTÍN	Don Donato Jiménez.
DOCTOR	Don Rafael Barceló.
CRIADO	Don Carlos Larraz.

Seis niños muy elegantes

ACTO PRIMERO

Salón elegante en un hotel particular

ESCENA PRIMERA

SALOMÉ, TERESA

SAL. (Después de salir y leer un telegrama va á la puerta del foro.) ¡Teresa!

TER. ¿Qué quieres?

SAL. ¿Ha vuelto mamá?

TER. Todavía no; es domingo; habrá ido á misa y luego á comprar los pastelitos que á tí te gustan tanto.

SAL. Ya son las doce y media.

TER. ¿Qué prisa tienes? Siempre se almuerza á la una ó la una y media ó las dos, porque en esta casa...

SAL. ¿Ya te las vas á echar de ama, verdad? No refunfuñes, Teresona, no refunfuñes, que hoy estoy yo de muy buen humor.

TER. ¿Pues qué pasa?

SAL. (Imitándola.) ¿Pues qué pasa? Parece que te has levantado de mal talante... ¡Estas criadas de toda la vida son más regañonas que los amos!

TER. Hija mía, yo te crié, me quedé de ama seca, después de doncella, luego de ama de llaves, luego de... todo. ¿Y crees tú que esta

casa da poco que hacer? Con no ser más que la señora y tú, no dejais vivir á nadie. Yo ya estoy muy vieja para el tragín que llevo... En fin, ¿qué demonios quieres?

SAL. (Riendo á carcajadas.) ¡Pobre Teresuca!

TER. Así me llamaba tu padre, que en paz descanse.

SAL. Mi padre... (Contemplando el retrato que habrá colgado en la pared.) Si él supiera lo feliz que soy yo en este momento...

TER. Mañana hace diez años que murió el señor.

SAL. ¡Pobre papá!

TER. El pobre don Andrés se murió por bueno, por acudir á los demás, en aquel horroroso incendio de Cádiz.. En fin, ya no hay que hablar más de eso. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué ocurre? ¿Por que tienes esa prisa de ver á mamá? ¡Ah, ya me lo figuro!

SAL. ¿Qué te figuras tú, vejestorio indispensable?

TER. ¡El telegrama que has recibido esta mañana!

SAL. Míralo. (Sacando del bolsillo el telegrama.)

TER. ¿Qué es ello?

SAL. ¡Enrique llega hoy!

TER. Vaya, sea enhorabuena, hija mía. ¿Y viene bueno?

SAL. ¿Pues cómo no ha de venir bueno, si me he pasado yo un año rezándole á la Virgen de la Paloma para eso? No solamente viene bueno, sino que en la lista de recompensas que han publicado los periódicos figura su nombre. ¡Vuelve de capitán!

TER. ¡Capitán!

SAL. Capitán.

TER. ¡A los veinticuatro años!

SAL. Dos años ha estado en Filipinas. Se fué de segundo teniente, se ha batido muy bien, ha hecho cosas estupendas, trae dos cruces muy bien ganadas, y gracias á la Virgen de la Paloma y á mí, no ha tenido ni un mal balazo, ni una triste disentería...

TER. Todas las disenterías son tristes.

SAL. ¡Claro! Y todos los balazos malos; pero es decir que cuanto pudiéramos desear se rea-

liza. Enrique es novio mío desde que los dos teníamos doce años...

TER. ¡Novios de doce años! Chiquilladas.

SAL. ¿Por qué? Al irse á la guerra le habló á mamá. Le dijo que si volvía sano y bueno se casaría conmigo. ¿Qué? ¿Qué tienes que decir?

TER. ¡Si no digo nada!

SAL. ¡Pensaba! Y ahí tienes. El telegrama dice: «Llego mañana; viaje feliz.» Ni un día ha querido detenerse en Barcelona. Cuando mamá lo sepa se va á poner tan contenta! Por si acaso llega á la hora de almorzar, pon un cubierto más.

TER. ¿Pero á qué hora dice que llega?

SAL. ¡Yo qué se! Lo que sé es que, si viene, ya no le soltamos. ¡Pues poquitas cosas traerá que contar!

TER. Bueno está. Vamos á mandar poner un cubierto.

SAL. ¿No almuerza hoy nadie con nosotras?

TER. (Después de un gesto significativo) Don Agustín.

SAL. ¡Ah, don Agustín! (Un poco contrariada.)

TER. ¡Claro!

SAL. Ya, por poco, podría traerse también la cama.

TER. ¡Muchacha! ¿Qué estás diciendo?

SAL. Bien sabes tú lo que quiero decir. (Se sienta.)

TER. Sí, lo sé; pero, en fin, tu mamá quiere que almuerce todos los días... Y como hace tres días que no viene...

SAL. Porque mamá es muy buena. Ya estará diciendo: ¿por qué no viene?

TER. Naturalmente.

SAL. Es muy débil.

TER. ¡Claro!

SAL. El tal don Agustín va tomando unos aires de yo no sé qué...

TER. ¿A quién se lo vas á decir? Ayer por poco hace que tu madre me eche de la casa, á mí, que llevo en ella tantos años.

SAL. ¿De veras?

TER. ¡Ya lo creo! Y hoy tuve que ir á buscarle para decirle que mamá le espera á almorzar...

SAL. Yo no tengo queja de él, es muy amable. Pero va tomando un carácter de... *papá*, que no me hace mucha gracia.

TER. Después del tiempo que hace que viene á la casa... ya puede tutearnos á todos.

SAL. Mamá dice que sin él no podría hacer nada; la verdad es que se ocupa de todo... si no fuera porque parece algo así como de la familia... y á mí no me gusta eso... En fin, Teresa, pon un cubierto más, ¿eh? (Campanilla.)

TER. Bueno. Ya está ahí tu madre, ella debe ser. (Se va.)

ESCENA II

SALOMÉ y LUCÍA

LUCÍA Hola, hija mía.

SAL. Buenos días, mamá; ¿qué me traes?

LUCÍA Tus pastelitos de costumbre.

SAL. Trae, trae. (Le ayuda á quitarse el sombrero.)

LUCÍA (No ha debido venir.)

SAL. ¡Tengo que darte una gran noticia!

LUCÍA ¡Hola! (Mirando en derredor y hacia las puertas.)

SAL. ¡Pero muy grande!

LUCÍA ¿No ha venido don Agustín?

SAL. No, todavía no. Pues verás.

LUCÍA (¡Ni contestarme!)

SAL. Enrique llega hoy

LUCÍA (Distraída.) ¿De veras? ¡Cómo me alegro! ¿Ha telegrafiado?

SAL. ¡Ya lo creo! A mí, directamente á mí, aquí tienes el papelito... (Lucía va á tocar un timbre.)

LUCÍA ¡Vaya, vaya! ¡Qué novedad!

SAL. Le he dicho á Teresa, con permiso tuyo, que por si llega temprano ponga un cubierto.

LUCÍA ¡Ya lo creo! (Aparece Teresa.) ¿No ha enviado ningún recado don Agustín?

TER. No, señora. (Se va.)

LUCÍA Pues ya lo creo que almorzará con nosotros, y que traerá que contarnos muchas cosas...

SAL. ¡Y sobre todo que ya... podremos hablar de boda! (Se sientan.)

LUCÍA ¡Sin duda ninguna!

SAL. Ya sabes lo que nos dijo al marcharse; si vuelvo sano y salvo y con un empleo digno de poderlo ofrecèr á Salomé...

LUCÍA ¡Si no hay más que hablar, hija mía! Yo tengo muchísimo gusto en que sea tu marido. Ya eres mayor de edad, llevais años de relaciones, Enrique no es ni vicioso ni de carácter independiente, es de los que nacen para ser buenos maridos y buenos padres. Ha ganado como un héroe sus tres estrellas, tú llevas además de tu carácter angelical una bonita dote, yo no soy una madre egoista... en un palabra, date por casada.

SAL. ¡Oh, mamá, qué buena eres!

LUCÍA (¡Las doce y media!)

SAL. ¿Almorzamos ó esperamos?

LUCÍA Más valdrá esperar... ¿No dice á qué hora llega?

SAL. No, pero los trenes llegan casi todos por la mañana.

LUCIA Esperemos pues... y yo, en tu caso, me arreglaría un poquito...

SAL. Acaso tengas razón...

LUCÍA No se recibe de cualquier modo á un novio que vuelve de tan lejos, y tan cargado de laureles.

SAL. ¿Verdad? Voy en seguida. ¿Conque quedamos en que todo está arreglado?

LUCÍA Todo, todo, todo.

SAL. Un beso.

LUCÍA Y mil que quieras.

SAL. ¡Bendita sea la Virgen de la Paloma y bendito sea el día de hoy, el más feliz de mi vida!

LUCÍA Anda, hija, anda.

SAL. ¡En seguida, en seguida!

ESCENA III

LUCÍA, LA HERMANA CLETA

CLETA ¿Se puede?

LUCÍA (La hermana Cleta.) ¡Adelante!

CLETA No quisiera molestar á la señora... estamos muy agradecidas...

LUCÍA Por Dios...

CLETA Hemos colocado la imagen que la señora nos envió... está preciosa... no hay otro niño Jesús como ese. .

LUCÍA ¿Qué menos puedo hacer?... (Con tal de que se vaya pronto...)

CLETA La madre superior me encarga traerle á la señora el recibito mensual...

LUCÍA Ah, sí... (Sacando el portamonedas.) Tenga, hermana, y Dios nos dé salud para ayudar á las buenas obras. (Deja el portamonedas sobre la mesa)

CLETA Todo el convento bendice el nombre de doña Lucía.

LUCÍA Por Dios...

CLETA Y ahora que se acerca la Noche Buena, y que la señora ha dado diez duros para los juguetes á los niños pobres, si le parece, le traeremos algunos para que la señora misma tenga la satisfacción de repartirlos entre algunos niños de la vecindad; siempre es grato hacer el bien por sí mismo.

LUCÍA Con mucho gusto.

CLETA Si la señora quiere hacernos la caridad de contribuir al alumbrado de la Virgen de los Remedios...

LUCÍA ¡Ya lo creo! (Vuelve á coger el portamonedas y le da dinero.)

CLETA Y si no le hace estorsión dar algo para las arrepentidas que ahora vamos á recibir en la sucursal de la calle del Almendro...

LUCÍA Todo lo que usted quiera, hermana Cleta, todo lo que usted quiera. (Vuelve á darle.)

CLETA ¡Dios se lo pagará! Vaya si se lo pagará, la señora va al cielo, todo el convento lo dice, va derecha al cielo...

LUCÍA (¡No se va!)

CLETA También traigo otro encargo.

LUCÍA (¿Otro?)

CLETA Desde pasado mañana tenemos en el convento una gran novedad.

LUCÍA ¡Hola!

CLETA ¡Oh! Hemos hecho, gracias á la caridad de los madrileños, una obra inmensa y podemos recibir señoras de piso!

LUCÍA ¡Ah!

CLETA Hay tantas señoras solas, aburridas del mundo, hartas de la vida mundana, que es toda pecado, que los pisos para señoras aumentan todos los días. Por un poco de dinero al mes, se puede vivir en la suma paz, lejos de los peligros de la sociedad, dedicándose al reposo y á la contemplación y al olvido. Como la señora tiene tantas relaciones, la Madre superiora me ha encargado le suplique que hable de esto, y si lo tiene á bien reparta algunos prospectos... aquí están... se lo agradeceríamos mucho y el Señor se lo tendrá en cuenta. (Le da prospectos.)

LUCIA Sí lo haré, hermana, si lo haré; y ahóra, si no tiene más que decirme...

CLETA Ya no tengo más en que molestar á la señora. Hasta luego, hasta luego, y el señor bendiga esta casa .. ¡Ah! (Volviendo desde la puerta.) Si la señora fuese tan buena que nos diese algo para el Cristo de las muertes repentinas... es un Cristo muy pobrecito, el altar apenas lo podemos sostener...

LUCÍA (Sacando el portamonedas y vaciándolo en la bolsa de la monja.) Tome, hermana, tome.

CLETA ¡Gracias, doña Lucía, muchísimas gracias, y no se olvide de recomendar los nuevos pisos, y no deje de venir á vernos, ya sabe que en nuestro convento vivimos tranquilas y felices esperando á las buenas almas, y á nadie le pedimos nada!

LUCÍA Vaya con Dios, hermana, vaya con Dios.

CLETA ¡Que la paz del Señor sea en esta casa!

ESCENA IV

LUCÍA. Después TERESA

LUCÍA ¡Por fin! ¡No puedo más! ¡Qué impaciencia!... ¡Teresa! ¡Teresa!!

ESCENA V

LUCÍA, TERESA

TER. Señora...
LUCÍA ¿Has estado allá?
TER. Sí, señora.
LUCÍA ¿Y la respuesta?
TER. Don Agustín no me ha dado ninguna.
LUCÍA ¿Qué ha dicho?
TER. Estaba en la cama; su criado no quería despertarle, pero con tanto empeño le pedí que me dejara verle...
LUCÍA ¿Y qué?
TER. Me mandó á paseo.
LUCÍA ¿Cómo?
TER. «¡Déjeme usté en paz! ¡Me he acostado á las cinco de la mañana y no estoy ahora para cartas!»
LUCÍA ¿Dijo eso?
TER. Cogió la carta que usté me dió, y sin abrirla la tiró sobre la mesa de noche, se volvió del lado de la pared y dijo tapándose la cabeza con la sábana: «bueno, bueno, ya contestaré cuando me levante; dejarme dormir ahora. ¡Las mujeres son insoportables!» Y yo, ¿qué había de hacer? Volví la espalda y me marché.
LUCÍA Está bien. Vete. (Cae en un sillón, llorando. Teresa se habrá quedado en la puerta mirándola. Lucía, que se cree sola, rompe á llorar ruidosamente. Teresa se acerca á ella, y después de pensarlo dice resueltamente:)
TER. ¡Señora!

LUCÍA ¿Qué haces ahí?

TER. Señora, yo tengo setenta años, llevo cincuenta de servirla á usté, he visto nacer á la señorita Salomé, fuí la criada de confianza del pobre señor don Andrés... y me parece que tengo derecho á que usté me cuente sus penas, porque si soy buena para hacer recados como el de esta mañana y para aguantar que ese señor don Agustín me mande á paseo, también debo serlo para que se me hable con toda franqueza; y si no hay confianza en mí, con echarme á la calle estamos del otro lado.

LUCÍA ¡Ah! ¿Eres tú la que hablas primero? No esperaba yo más que eso... aguarda. (*Va á mirar por todas las puertas para convencerse de que están solas. Hágase rápidamente.*) Pues bien, sí, ya lo has adivinado, ya veo que no puedo ocultártelo... es verdad, ¡estoy loca! ¿Para qué he de ocultártelo... si tú misma lo ves? ¡Si es milagro que Salomé no lo haya observado!

TER. ¡Quién sabe!

LUCÍA ¿Qué quieres decir?

TER. No puedo asegurarlo, pero de algún tiempo á esta parte, parece que no quiere tanto á don Agustín como antes...

LUCÍA ¡Oh, no, por Dios, no me digas eso, yo no quiero que sepa nada!... Ya vuelve de la guerra su novio, un excelente muchacho; pronto se casarán, y entonces me iré, me alejaré... pero entretanto...

TER. Entretanto esta casa se desmorona. Más nos valiera, á la muerte de mi amo, habernos ido á la aldea y vivir tranquilas. ¡Déjeme usté desahogarme, ahora que ya puedo! Lo que aquí pasa es corriente. Viuda joven, amante que se apodera de su corazón y de su casa, don Agustín al teatro, don Agustín á paseo, don Agustín á comer, don Agustín á almorzar, don Agustín amo y señor, y la gente no dice nada, pero si se oyera lo que dice...

LUCÍA ¿Vas á hacerme cargos? ¡Tú!

TER. No digo sino lo que conviene á mi señora.

Esto es muy frecuente; Madrid está lleno de Agustines, y el mundo lleno de malas lenguas... Ya sé yo que una viuda de treinta y cinco años, enmedio de eso que llaman el *gran mundo*, corre mucho peligro, pero también las hay que se retiran, y que...

LUCÍA Teresá, eres cruel conmigo.

TER. Porque la quiero á usté como á una hija, y á la señorita Salomé como á una nieta; y sobre todo, usté me consulta, y...

CRIADO La señora de Marín.

TER. Ahí tiene usté una que no pasa malos ratos.

LUCÍA (Oh, qué fastidio!)

ESCENA VI

LUCIA, CARLOTA, tres NIÑOS

(Los niños, que deben tener, respectivamente, nueve, ocho y siete años, vienen dos vestidos de colegiales y el más pequeño muy elegante. Carlota traerá dos de la mano y uno delante, y los coloca un poco aparte de ella después que Lucía los bese. Hágase toda la escena con los niños entretenidos, á la derecha del espectador, sentados al velador viendo las estampas y libros, y las dos amigas conversando sentadas en el sofá, á la izquierda.)

CAR. ¡Hola, Lucía! ¿Cómo estás, hija mía? ¿Qué tal?

LUCIA ¡Tanto bueno! (se besan.)

CAR. Aquí te traigo parte de la familia, mira, mira como crecen, ¿eh?

LUCIA ¡Ya lo creo! ¡Estan muy guapos!

CAR. Las niñas te las traeré otro día, tengo una resfriada.

LUCIA ¡Tienes tantos!

CAR. ¡Seis! Eso tiene casarse á los diez y nueve años; á los treinta, seis hijos, y si llega á vivir Manuel... Sentarse, chiquillos, mirad las estampas.

LUCIA Ahora vendrá Salomé.

CAR. Pues mi querida Lucía, venía á pedirte un favor.

LUCIA Tú dirás.

CAR. — Tú que vas al mundo, á eso que llaman *mundo* los periódicos...

LUCIA — Tú ya te retiraste... (Los niños miran las estampas y el álbum en el velador.)

CAR. — Es natural; es lógico. Mientras vivió mi marido iba con él á todas partes. En cuanto me quedé viuda, comprendí que mi deber era educar á mis hijos en mi rincón y dejarme de frivolidades que no conducen á nada.

LUCIA — Parece eso una lección.

CAR. — ¡Líbreme Dios! Pues cada cual tiene su carácter. . soy rica, puedo vivir á toda holgura, sola.

LUCIA — Yo tengo hijos también y...

CAR. — Sí, vas á los bailes, figuras en todas las listas de la gente *chic*. Eso te gusta, pues allá tú. Yo ya ves, me he quedado viuda muy joven y ¿adónde iba yo á parar si hiciese la vida de sociedad y de mujer á la moda? Además del gasto que eso trae consigo, hay en la vida muchos peligros, y quien quita la ocasión... ¿eh? Además...

LUCIA — ¡Vaya, es un sermón!

CAR. — ¡Que no! Ya verás por lo que digo todo esto. No he querido más que á un hombre en el mundo... ¡mi Manuel! Dios dispuso de su vida... ¡Me ha dejado seis hijos, pues adiós juventud, y diversiones y jaleos; á educarlos y á vivir para ellos hasta que encuentre un hombre formal, que lo encontraré!

LUCIA — (¿Sabrá algo?)

CAR. — Y por eso vengo á pedirte el favor que te he anunciado.

LUCIA — Tú dirás.

ESCENA V

DICHAS, SALOMÉ

SAL. — Buenos días.

CAR. — ¡Hola, Salomé!

SAL. — ¡Ay qué ricos! ¡Qué guapetones están con los uniformes!

LUCIA (¡No se irá en una hora!)

SAL. ¡A mí como me gustan todos los uniformes! ¡Ya veréis qué estampas tan bonitas! (Les enseña el album.)

LUCIA Sigue, sigue.

CAR. Pues verás. Me vas á hacer el favor de decir á tu amigo el Vizconde del Rollo, que no me fastidie, que me deje vivir en paz, que yo no soy mujer de galanteos, ni de enredos, ni de tonterías.

LUCIA Pero...

CAR. Figúrate que me tiene asediada á cartas, y á regalos, y á escoltas, que no tengo para qué llevar detrás de mí. Eso no es serio, y no me da la gana, vamos, que no me da la gana.

LUCIA ¡Ah! ¿Es una conquista?

CAR. No, yo no tengo para qué hacer conquistas. Pero no me deja vivir. Iba con los niños á la misa de once á las Calatravas, porque hay mucha animación á la salida, y se ve mucha gente; pues, hija mía, empezó á darle por acompañarme, cosa que me molesta y da siempre que hablar, y decidí ir á misa á Jesús. Al segundo domingo, mi hombre en Jesús.

SAL. Os voy á dar unos bombones muy ricos.

UN NIÑO Muchas gracias.

CAR. Tuve que buscar otra iglesia;. me fuí á oir misa á los Jerónimos. Allá vino este hombre insoportable; comprenderás que no estoy de humor de tener que ir con mis hijos á misa á la Guindalera ó á Alcalá de Henares.

LUCIA Te diré que...

CAR. Y luego, un día me envía un enorme ramo de flores, otro día un palco para el Español, que no uso porque yo no voy más que los domingos por la tarde; ayer, so pretexto de que ha estado de caza, me envia un animalucho enorme, un venado, un ciervo, no sé, una fiera más grande que esta casa...

LUCIA Me harás reir.

CAR. No es cosa de risa. Yo le he dicho ya de todos modos, desde el más cortés hasta el más

grosero, que no quiero ni volverme á casar ni hacer lo que hacen otras.

LUCIA (¿Eh?)

CAR. No, no quiero, no quiero y no quiero, y en vista de que no lo entiende, vengo á pedirte ayuda. Hazme el favor de decirle...

LUCIA Aguarda, aguarda. Yo no tengo confianza con ese señor para poderle hablar así.

CAR. Bueno, pero si no la tienes tú la tiene Agustín, tú don Agustín. (Con intención.)

LUCIA ¡Como mi Agustín! (Muy seria.)

CAR. Ay, mujer, no te enfades, ya sabes cómo soy yo, que digo las cosas así, como las oigo. Y como he oido decir por ahí: Ahí va la de Santúñez con su don Agustín, anoche estaba la viuda de Santúñez en el Real con su don Agustín...

LUCIA ¿Quién dice eso?

CAR. ¿Y qué importa? ¿No me has dicho tú que es el alma de tu casa, el que te maneja tus rentas, el que se ocupa de todo? Cuando dicen su don Agustín querrán decir su apoderado, su hombre indispensable, su administrador, en fin, algo así; porque otra cosa no pueden suponer, yo te conozco desde que éramos niñas, sé que eres muy honrada, y no veo por qué te has puesto así; no, no hay que ser tan suceptible, hija.

LUCIA Me figuré .. (Un criado trae una tarjeta.)

CAR. Pues muy mal figurado.

LUCIA Perdona. (Leyendo la tarjeta.)

CAR. Perdóname tú.

LUCIA («Iré á almorzar.» ¡Ah! (Muy contenta.)

CAR. ¿Es alguna buena noticia?

LUCIA Sí.

CAR. ¡Vaya, me alegro! Conque vamos á ver, tú le dices á tu... es decir, á don Agustín, que tenga la bondad de ahuyentarme al señoñorito ese. A ver si enterado de que los demás saben que me fastidia, se corrige. Que se entere bien, que se penetre bien, que *se empape*, como dice mi criada, de que yo soy una viuda joven y guapa, como dice él; pero que no soy lo que él se figura, que no quie-

ro quebraderos de cabeza, en fin, como dicen ellos, que no toreo, ¿oyes? ¡que no toreo!

LUCIA ¡Qué graciosa!

CAR. ¡Hija mía, si es no vivir con estos hombres que no conciben la formalidad en una mujer sola!

LUCIA Bueno, no tengas cuidado, yo me encargo de que mi buen amigo Agustín desahucie á tu perseguidor.

CAR. Eso es, un desahucio en regla, con todas las de la ley. Ea, y ahora nos vamos á misa.

LUCIA ¿A dónde?

CAR. No sé; á las Ventas, á Fuencarral, donde no nos encontremos al oso. Vamos, niños. (Los niños acuden á la madre.)

CAR. Ahí tienes: éste, sobresaliente; éste, notable; éste, hablando ya el francés, que da gusto. Pues ya verás, á la tarde te traeré las niñas que están en las Ursulinas y así que esté buena, los chiquitines, la que acababa de nacer cuando murió mi Manuel, ¡ya verás qué alhaja!

LUCIA Con mucho gusto.

CAR. ¡Ea, adiós, Salomé! ¡A misa todo el mundo!

LUCIA Acompáñalas, Salomé.

SAL. Sí, mamá.

CAR. ¡Figúrate tú si me estaría á mí bien andar ahora con líos! ¡Ea, adiós hija mía, adiós, hasta luego! (No tiene nada con él.)

LUCIA (No sospecha nada.)

CAR. Adiós.

LUCIA Adiós, chiquitines, adiós, hasta luego.

ESCENA VI

LUCÍA, SALOMÉ y TERESA

LUCIA ¡Ah! ¡Se digna al fin venir! ¡Y yo quisiera ahora ser dura con él, recriminarle... pero no puedo... no puedo . y cuando me enojo se enoja más y no viene... ¡Tres días! ¡Me parecen tres siglos! (Se va puerta izquierda.)

Sal. (Que habrá ido hasta la puerta á acompañar á la visita desde la misma puerta.) ¡Adiós, adiós! ¡Son encantadores! ¡Las doce y media! ¡Si habrá descarrilado el tren, Dios mío! ¡Teresa!

Ter. ¿Qué ocurre?

Sal. ¿Va bien tu reloj?

Ter. ¡Ah, qué impaciencia! ¡Poco vas á esperar!

Sal. ¿Cómo lo sabes?

Ter. Porque está en la escalera.

Sal. ¡Quién! ¿El?

Ter. Desde aquí le oigo gritar y dar besos á los niños de la viuda.

Sal. ¡Dios mío! ¡Qué emoción! (Suena la campanilla.)

Ter. ¿Oye usted?

Sal. ¡Ay, Teresa!

Ter. ¡Ay, Teresa! ¡Voy á traerle!

Sal. ¡No! ¡Iré yo!

Ter. ¡Aquí está!

ESCENA VII

SALOMÉ, ENRIQUE, TERESA

Sal. ¡Ah!

Enr. ¡Salomé, mi Salomé de mi vida! (Le da mil besos en la mano.)

Ter. ¡Yo no debo ver esto! (Se va.)

Sal. ¡Por fin!

Enr. ¡Oh, qué hermosa estás!

Sal. ¡Y tú qué hombrón!

Enr. A pesar de lo sufrido.

Sal. Mucho, ¿verdad?

Enr. ¡Mucho! De la guerra y de la ausencia. ¿Y tu madre?

Sal. Ahora vendrá.

Enr. ¿Sabía que llegaba?

Sal. ¡Ya lo creo!

Enr. ¿Me quiere siempre lo mismo?

Sal. ¿Por qué no?

Enr. ¡Y tú! Si quisieras... Hace tres años que no lo oigo...

Sal. Pero lo has leído en cartas de ocho pliegos.

Enr. ¡Oh, sí, en campaña, en las terribles noches

de campaña!.. Qué consuelo tan grande, leer aquellas frases... ¿Cómo decían?

SAL. ¿Se te han olvidado?

ENR. ¡Cómo eran! ¡Dilas!

SAL. ¡Tu Salomé te quiere siempre con toda su alma!

ENR. ¡Eso, eso, eso! (Besos repetidos.)

SAL. (Muy cariñosa.) ¡Ay, por Dios, no me comas las manos!

ENR. ¿De modo que esto está arreglado? Ya capitán, fiel á mi palabra, tu madre contenta...

SAL. Boda inmediata. No hace aún diez minutos que mamá misma me lo ha dicho.

ENR. ¡Bendita sea! ¡No sabe ella lo que yo la quiero!

SAL. ¿Pues no ha de saberlo?

ENR. ¡No, no lo sabe!

SAL. ¿Por qué lo dices?

ENR. Porque la única herida que traigo de la guerra, no es de la guerra... se la debo á ella.

SAL. ¿Qué?

ENR. ¡Y á mucha honra!

SAL. A ver, á ver...

ENR. Pues como el mundo es tan chico, allá en las Visayas leíamos un día un diario madrileño en un corro de oficiales, y en una crónica de salones leyó alguien que tu madre y tú habíais salido para las aguas de Mondáriz acompañadas de su distinguido apoderado el señor Vivedellas.

SAL. (¡Ah!)

ENR. Y dijo un oficial: «¡Naturalmente!»

SAL. ¿Dijo eso?...

ENR. Hay palabras que son puñaladas, según como se dicen; pedí explicaciones; el otro ignoraba nuestras relaciones, dijo una inconveniencia, y le dí una bofetada.

SAL. ¡Bien hecho!

ENR. Al día siguiente, ante cuatro amigos, mientras venían ó no los tagalos.. me dió una estocada aquí... regular.

SAL. ¡Dios mío!

ENR. Pero tuvo que retractarse y reconocer que tú madre es una mujer honrada.

SAL. ¡Bien, Enrique mío, muy bien!

ENR. ¿Ese Vivedellas es aquel don Agustín que al irme yo á la guerra comenzaba á venir aquí, uno buen mozo?

SAL. Sí, y viene á diario. Mi madre le ha confiado sus intereses...

ENR. Pues hay que ver eso. No dudo yo de tu madre, y la tengo por una santa; pero el mundo merece respetos...

SAL. ¡Es claro!

ENR. Y hay que vivir con gran cuidado.

SAL. ¡Mamá viene!

ENR. ¡Ah! ¿Sí? ¡Qué gusto volver á verla! Espera, espera... A mí me encantan las sorpresas... Ven. (Se la lleva foro derecha para que Lucía no los vea. Lucía viene mirando su reloj y va á sentarse al sillón que hay junto al sofá.)

LUCÍA La una, y no viene... ¿Qué hace que no viene? (Enrique avanza de puntillas y le pone las manos en los ojos. Lucía, en un momento de alegría, dice:) ¡Ah! Sí, eres tú; eres tú, Agustín mío. ¡Gracias á Dios! (Muy cariñosa. Enrique, aterrado, aparta las manos y mira á Salomé, que baja, espantada por lo que acaba de oir.)

ENR. ¿Qué ha dicho?

LUCÍA (Viéndole.) ¡Jesús! ¡Usted!...

ENR. Yo.

AGUS. (Entrando.) Muy buenos días.

SAL. ¡Oh, qué vergüenza! (Se va, tapándose el rostro con las manos.)

ENR. Señora... (Despidiéndose.)

LUCÍA ¡Enrique!... (Suplicante.)

AGUS. El joven capitán... ¿Desde cuándo?...

ENR. ¡No le conozco á usted! ¡Paso! (Se va.)

AGUS. ¿Qué es esto? (Volviéndose á Lucía, que está anonadada, cubierto el rostro con el pañuelo.) ¡¡Qué es esto!!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

LUCÍA, DON AGUSTÍN.—Don Agustín estará paseando por la escena con la mayor agitación; hágase toda la escena con gran rapidez

LUCIA ¡No, no, no puede ser! Esto no tiene arreglo ninguno!

AGUS. ¡Ya lo creo que no lo tiene! Aunque inventáramos todas las historias posibles no convenceríamos jamás á ese joven de que la tontería que has dicho...

LUCIA ¿Otra vez?

AGUS. Sí, y lo diré mil veces, una necedad, una inconveniencia. ¡No, si más tonto que una mujer no hay nadie!

LUCIA Te aguardaba, te aguardaba impaciente... me desesperas...

AGUS. ¡Eh! ¡Bobería!

LUCIA Creí que eras tú...

AGUS. ¿Pero cuándo he hecho yo cosa parecida? ¿Cuándo he venido á poner las manos en los ojos como los chiquillos y á...? ¡Vamos, que no hay calma para ver semejante imprudencia! ¡Venir á reproducir aquella otra insigne necedad de la Reina aquella con Felipe IV, y convertirme en un Villamediana con levita, que tendrá que andar á estocadas con el señorito ese!

LUCIA Agustín, por el amor de Dios, no seas violento, domina por un instante ese carácter que tantas, tantas lágrimas me ha costado en cinco años...

AGUS. ¡Si parece que lo estudias con el demonio! Hace dos meses, en plena mesa, teniendo convidados á comer, se te escapó un *tú* que me ví negro para arreglarlo... En La Granja, el año pasado, á poco más me haces una escena de celos delante de Salomé.

LUCIA ¡Ingrato! ¿Y qué probará eso?

AGUS. Prueba que siempre las imprudencias vienen de la mujer, nunca del hombre. ¿He dado yo el menor motivo á nadie, y sobre todo en esta casa, para que se adivinara lo que hay, lo que ya no es posible ocultar?... porque ya no es posible, no; no lo es; ¡hoy mismo se va á decidir aquí la suerte de todos nosotros! Hay que verse cara á cara con Salomé, con su novio, hay que explicarse... ¿y qué explicación se da? ¡Qué hacemos?

LUCIA ¿Una explicación... con mi hija? ¡Antes prefiero arrojarme por un balcón!

AGUS. ¿Pues y yo? ¿Puedo continuar viniendo aquí? ¡Comprenderás que eso ya se acabó para siempre!

LUCIA ¡¡Te vas!!

AGUS. ¡A ver!

LUCIA ¡Separarnos!

AGUS. No es precisamente eso... pero á ver cómo se continúa en buena armonía con la hija de una mujer que acaba de llamarme «Agustín mío», delante de ella y de su novio... ¡Si tú encuentras una solución á esto, dila!

LUCIA ¡Separarnos! Cuando te lo he sacrificado todo; mi tranquilidad, mi reposo, mi juventud, mi honra... ¡Sí, ya hace tiempo que lo observo; tú no eres el mismo, vienes más tarde, descuidas mis asuntos...

AGUS. ¡Ah! ¿Lo dices por las pérdidas en Bolsa?

LUCIA No, Agustín, no; no vayas á creer...

AGUS. Tú me has dado á manejar tus intereses, y como yo no soy brujo, cuando creí que los

valores, debían subir ¡han bajado! ¡Es natural que una pérdida tan grande en tu fortuna te obligue á decirme cosas que no había oído hasta hoy!

LUCIA ¡No, por Dios, no lo tomes así; te juro!...

AGUS. Y ahora te diré que el dinero que te coloqué en casa de mi amigo Antúnez, ha desaparecido.

LUCIA ¡Cómo!

AGUS. Sí, Lucía, sí; las desdichas vienen siempre por séries, el cajero se ha fugado... realmente la falta es mía por haberme fiado de él... pero si no se fía uno de los amigos...

LUCIA ¡La ruina! ¡La catástrofe de familia! Dios mío, ¡qué te he hecho yo!

AGUS. Tú no has hecho nada malo más que la imprudencia de esta tarde, y como no vamos á estarnos aquí sin resolver nada... ¡á ver qué se hace!

TER. La señorita dice que no la esperen en el comedor.

LUCIA ¡Ah!

TER. Se queda en su cuarto.

LUCIA ¡No quiere verme!

AGUS. Y supongo que á mí querrá verme todavía menos... (Como buscando su sombrero.)

LUCIA ¡Agustín!

AGUS. ¡Qué!

LUCIA Basta de rodeos... ¡Tú quieres aprovechar lo sucedido para abandonarme!

AGUS. ¡Ah! ¿Lo tomas así? Bueno. (Sentándose.) Pues aquí espero al señor capitán y á la señorita de la casa. ¡Sea lo que Dios quiera y no te quejes de lo que suceda!

LUCÍA Pero, por Dios uno y trino, ¿no ves que en estos momentos necesito más que nunca de ti?...

AGUS. Sí, pero lejos. Ya hallaremos medio de vernos, de querernos, de hallar soluciones á tanto conflicto; tenemos encima la boda de Salomé, que podemos dar por desbaratada, porque Enrique es muy hombre; tenemos encima, como si lo viera, un lance muy desagradable entre el capitán y yo. (Gesto de in-

quietud en Lucía.) ¡Es claro! No se va á conformar con lo que sabe, con lo que ha visto... No son momentos de repetirnos que nos queremos mucho, ni de acordarse del dinero perdido, ni de nada más que de ver cómo se evita uno de esos escándalos madrileños que á la gente le divierten mucho, pero que á nosotros nos daría mucho que sentir.

TER. Señora, ahí vuelve la señora viuda de Marín con cinco niños.

LUCIA ¡Oh! ¡No quiero verla! Dile tú que no puedo recibirla; échala. Y no te vayas, no te vayas todavía, no te vayas. ¡Quién sabe! Tal vez hay una solución, una sola.

AGUS. (¡Oh, qué fastidiosa! No sabe el oficialito lo que ha hecho. La viuda me cae como llovida del cielo.)

ESCENA II

DON AGUSTIN, CARLOTA, tres NIÑOS y dos NIÑAS

CAR. Aquí te traigo las chicas, como te prometí hace poco... ¡Ah! ¿Es usted?

AGUS. Yo mismo, encantadora amiga. (Los niños se sientan alrededor de la mesa.)

CAR. ¿No está Lucía?

AGUS. Se ha acostado. La emoción... Ha llegado el novio de Salomé. Se han afectado mucho las dos.

CAR. Sí, le vi subir. ¿De modo que tendremos boda muy pronto?

AGUS. Así parece, encantadora amiga.

CAR ¿Otra vez? ¿Va usted á echarme flores?

AGUS. ¿Por qué no?

CAR. Pues voy á sacar de aquí al niño mayor, porque este ya comprende... Mira, (Al niño mayor.) vete al salón del piano, ahora te llamaremos. (Lo lleva á la puerta foro.)

TER. (La señora dice que eche usted pronto á esta.)

AGUS. (Y yo le digo á usted que cierre el cuarto de la señorita en seguida.)

TER. (¡Grandísimo insolente!)

CAR. Si usted cree que no estorbo, como vengo cansada, descansaré un momento...

AGUS. Aquí hay un sofá que le tiende á usted los brazos.

CAR. Digo... Le consulto á usted, porque usted es aquí como de la familia.

AGUS. Sí y no.

CAR. No se vaya usted á resentir porque se lo diga, pero, en fin, en esta casa tiene usted autoridad para recibir en ausencia de la dueña.

AGUS. Un poco demasiado franco es lo que usted me dice, pero, en fin, labios como esos no ofenden nunca.

CAR. ¿Más piropos?

AGUS. Ya sé que no le gustan á usted.

CAR. Precisamente he venido á suplicar á Lucía ruegue á usted en mi nombre que me evite usted las molestias de un chichisbeo inaguantable que se trae conmigo el vizconde del Rollo.

AGUS. No es extraño, porque es usted muy hermosa.

CAR. (Cogiendo por la mano al segundo niño y llevándoselo.) Anda, hijo mío, anda con tu hermano, allá iré yo.

AGUS. ¿Qué es lo que usted desea? ¿Que le quite á usted de enmedio al *oso* que le molesta?

CAR. ¡Ay, sí!

AGUS Pues cosa hecha, á buenas ó á malas.

CAR. A malas, no, porque á mí no me estaría bien dar que hablar. No dudo yo de su resolución de usted, y sé que es usted muy valiente.

AGUS. ¿Por qué? ¿Porque maté al periodista aquel el año pasado? Cualquiera en mi lugar...

CAR. Y por otras mil cosas. Valor, y grande, se necesita...

AGUS. ¿Para qué?

CAR. No, no me atrevo.

AGUS. Mire usted, Carlota, prefiero que se atreva usted á que me mire con esos ojos, que, para no andar con rodeos... me trastornan!

CAR. (A los niños que quedan.) ¡Marcharse todos! (se van.)
AGUS. Decía usted que se necesita mucho valor...
CAR. Para despreciar á la opinión pública.
AGUS. ¡Oiga!
CAR. ¡Que no se ofenda usted!
AGUS. ¡Que no!
CAR. Digo que, realmente, pasar por lo que uno no es...
AGUS. Vaya... acabe usted.
CAR. ¿Quiere usted que lo diga todo?
AGUS. ¡Todo!
AGUS. ¡Venga!
CAR. Ya sabe usted que yo soy muy franca. Pondero el valor de usted, que pasa á los ojos de todo el mundo...
AGUS. (Ya la tengo.) Por el amante de Lucía.
CAR. ¡Eso!
AGUS. (Risa baja irónica.) ¡Já, já, já! ¡Yo! Yo, que vivo esclavo de esta casa... yo, que me estoy ocupando... *gratis*, de todos los asuntos de esta señora... yo, que podía, con mis relaciones, con mi práctica de la vida, con mi mundo, hacer feliz á cualquier mujer... vamos, diga usted con franqueza, sin cumplimientos ni disimulos, ¿no estoy en edad y en condiciones de ser el marido feliz y tranquilo de una mujer seria y honrada?
CAR. ¡Ya lo creo! (Con coquetería.)
AGUS. Pues ya ve usted lo que ocurre, usted misma acaba de decirlo... estoy pasando por lo que no soy... estoy perdiendo la ocasión de... vaya, ¿para qué hemos de andar con rodeos? Con eso que acaba usted de decirme... me impide usted decirle lo que tenía pensado, lo que siento hace tiempo, lo que me pide mi deseo... ya no puedo hacerle á usted el amor.
CAR. ¿A mí? (Muy contenta.)
AGUS. ¡Es claro! Si supone usted que soy el amante de su amiga.
CAR. ¡Yo no he dicho eso!
AGUS. ¡Sí!
CAR. No, señor; yo repito lo que se dice...

AGUS. Y usted, madrileña cándida, siguiendo la corriente... cree á la opinión pública... ¡La opinión pública!... Si usted supiera lo que yo me río de todo eso...

CAR. ¿Verdad?

AGUS. ¿A mí qué me importa la opinión cuando voy por el camino derecho? Yo la he visto á usted joven, hermosa, formal, metida en su rincón con unos hijos adorables, que necesitan, á falta de un padre, un segundo padre que les eduque, y les ame, y les guíe... me ha interesado usted más que nadie... ¿lo oye usted? *más que nadie*, pues ya no puede ser, nada, no puede ser, yo soy para usted un desahogado, que vive aquí y come aquí y pasa la vida aquí por interés personal, yo soy uno de tantos... en fin, Carlota, creí que sabía usted ver las cosas como son, la creía á usted muy inteligente, y veo que me he equivocado. No hay nada perdido.

CAR. Pero por Dios, Agustín, no lo tome usted así... le aseguro á usted que no creí... y ahora con lo que usted me dice...

AGUS. No, si no insisto... ¿Cómo voy á insistir, cuando usted cree?...

CAR. ¡Yo no creo nada!

AGUS. ¿Se fia usted en mi palabra?

CAR. ¡Oh, sí!

AGUS. Le juro á usted por... (haremos el juramento de moda) por la memoria de mi madre...

CAR. ¡Oh, basta!

AGUS. Y con toda franqueza... ¿me cree usted digno de ser... el hombre que usted necesita?

CAR. (Mirando á todos lados y con falsa modestia.) Sí.

AGUS. Gracias, Carlota. Yo seré para usted marido amantísimo, administrador honrado de sus bienes, padre de sus hijos...

CAR. ¿Para qué he de ocultarle á usted que ese era mi deseo?

AGUS. Pero... ni una palabra aquí... Lucía pudiera creer..

CAR. Que yo he venido á robarle el hombre inteligente que ha levantado su casa.

AGUS. ¡Es claro!
CAR. Y luego... como desde el colegio hemos tenido siempre celos y envidias. .
AGUS. Bueno. ¿A qué hora voy á verla á usted?...
CAR. Mañana.
AGUS. ¿A las cuatro?
CAR. A las cuatro.
AGUS. ¡Ve usted cómo el mundo es muy malo!
CAR. ¡Oh, muy malo!
AGUS. ¡Y que hablando se entiende la gente! ¡Hasta pasado mañana... y todo está dicho!
CAR. ¡Todo está dicho! (Dándole la mano, que él besa.)
AGUS. (¡Y todo liquidado!)

ESCENA III

DICHOS, SALOMÉ

SAL. Los niños se impacientan... (Muy triste y volviendo la espalda á don Agustín.)
CAR. ¡Ah, Salomé! Perdóname si he venido á estorbaros... me los llevaré por la puerta del jardín... ¿quieres?
AGUS. La acompañaré á usted... (y me quito de enmedio.)
CAR. Muchas gracias.

ESCENA IV

SALOMÉ

¡Miserable! (Va á caer en el sofá.) Sí, eso es... La duda no es posible... Ocho años de engaño, de tolerancia inconsciente, de ridículo constante, de ofensa continua en la sagrada memoria de mi padre... Esas burlas, esas frases en voz baja que oigo yo en visita, en el teatro, en los bailes, cuando se presenta la señora de Tal siempre acompañada del mismo sujeto y llevando delante á los hijos, esas frases las habrán dicho, las dirán también de nosotros... nosotros vamos al teatro,

al baile, al veraneo siempre con él; aquí come, aquí almuerza, aquí vive, como apoderado, como administrador, como persona respetable... respetable... y yo, infeliz de mí, he estado autorizando todo eso... Ahora es cuando se me agolpan los mil detalles á que no dí importancia... (Pausa.) Aquellas horas crepusculares en que se me hacía tocar el piano, y allá en el fondo de la sala, mientras anochecía, los cuchicheos y las risas. Aquellas visitas de *los dos* al convento los domingos para verme, y los dulces ofrecidos por aquel hombre...—«¿Es tu papá?»—decían las niñas.—«No, mi papá se ha muerto...» —«¿Algún hermano de tu madre?...»—«No.» (Sollozando.)—«¿Quién es?»—«Don Agustín.» —«¿Y qué es? ¿Y quién es?»—Y yo no sabía decir más que eso: don Agustín; eso es, don Agustín; no sabía más; ahora ya lo sé, ya sé quién es, ya sé lo que es; ¡ya lo sé todo, todo, todo! (Llorando á raudales.)

ESCENA V

SALOMÉ y ENRIQUE

ENR. (Desde la puerta.) ¡Salomé!
SAL. ¡Enrique! ¡Enrique mío!
ENR. ¿Por qué me has llamado?
SAL. ¡Oh, ven!
ENR. No. De esta puerta no he de pasar.
SAL. ¿Qué dices?
ENR. ¿Por qué me escribes que venga aquí, á esta casa que iba á ser mi hogar... qué moral es la tuya?
SAL. ¡Enrique! ¿Vienes á insultarme?
ENR. Vengo á enseñarte tu deber...
SAL. ¡Pues entonces... no haber venido!
ENR. Salomé... Salomé mía... comprende que yo ya no debo volver aquí... que. .
SAL. Pues... ¿por qué vienes?
ENR. Porque me lo ruegas, porque hay lágrimas

en tu carta que han borrado palabras... porque te amo...

SAL. Entonces...

ENR. Es que no quiero verla... ¿lo oyes? no debo verla...

SAL. (Yendo a cerrar la puerta del cuarto de su madre.) ¡Entra!

ENR. (Avanzando.) Está bien. Pero aquí vamos á decidir de nuestra suerte, ¿lo oyes? ¡Para siempre!

SAL. ¡No sigas! Ya veo tu intención... vienes á arrepentirte, á retirar tu palabra...

ENR. Acaso.

SAL. ¿Y yo... qué culpa tengo? (Llorando.)

ENR. No llores... ¡que yo no te vea llorar...!

SAL. ¿Qué quieres que haga? Yo no sabía nada.

ENR. ¿De veras? (Désele mucha intención á esta frase.)

SAL. (Indignada) ¡Cómo! ¡Puedes suponer que yo conocía lo que pasaba aquí!

ENR. ¡Si no es posible haberlo ignorado! No te enojes .. pero si yo, allá en las Visayas, me he batido porque allí, á cinco mil leguas, había alguien que sabía eso que yo creía una calumnia, ¿cómo no has visto tú lo que pasaba al lado tuyo?

SAL. (Resueltamente.) ¡Porque las faltas de los padres no se ven nunca!

ENR. ¡Ah!

SAL. ¡No pueden, no deben verse nunca aunque se vean, porque esto mismo que yo he visto, hoy por mis propios ojos, quiero no haberlo visto y resignarme á mi desdicha, porque tú mismo... dímelo, amaste y respetaste á tus padres... ¿Crees que fueron honrados?

ENR. ¡Oh, sí! Lo sé

SAL. ¡Ah, infeliz! ¡Tú qué sabes!

ENR. ¡Salomé!

SAL. No sabes nada, no debes, no debemos saber nada... ¡El deber de los hijos es venerar á sus padres, malos y todo! ¡Por eso yo ahora estoy viendo que tú, con tanto amor como me has jurado, tienes miedo del mundo, dilo, dilo que tienes miedo!

ENR. ¡Tengo respeto! Sirvo en un cuerpo más hon-

rado... Para nosotros el honor es ley. ¡Hemos sido siempre fieles á la bandera... tenemos el culto del honor público y privado... vengo de batirme honradamente, vengo á casarme con una mujer en cuya familia no debe haber mancha!

SAL. ¡Enrique!

ENR. ¡Si nadie nos oye! Prefiero matarme delante de tí... á oir, como ya lo he oído en las pocas horas que llevo en Madrid.—Bien venido, vienes á casarte con la hija de la viuda... un compañero de armas me lo ha dicho, el nombre de don Agustín ha salido otra vez á molestarme... Mira, Salomé, yo te quiero con toda mi alma... pero no puedo batirme con todo Madrid, eso sería imposible, absurdo... compréndelo, comprende mi pena, mi situación... ¿Sabes por qué vengo? Porque en tu carta dices que no ves solución á este conflicto... y yo la tengo.

SAL. ¿La tienes?

ENR. Sí. No hay más que una.

SAL. Habla.

ENR. No hay más que una. Eres mayor de edad, yo también. Que tu madre te niegue el consejo que pide la ley, y salte de aquí. Tres meses de espera en el convento más cercano y después nos casamos, lejos de ella, sin ella...

SAL. ¡Y he de ser yo quien de ese modo le diga á la opinión... oh no debo hacerlo!

ENR. ¿Te niegas?

SAL. ¿Pues no ves que todo Madrid sabe que mi madre aprueba nuestra unión? ¿Qué dirán ahora?

ENR. ¡Dirán que yo no quiero ni su bendición ni su trato!

SAL. ¡Tú puedes decir eso, yo no, Enrique, yo no!

ENR. Entonces será preciso separarse.

SAL. ¡Salir de aquí desacreditando á mi madre!

ENR. Salir de aquí con la dignidad de una hija que ha sido engañada...

SAL. Piensa en lo que me pides... sería necesario que mi padre me lo mandase si viniera, y

aun así... (Contemplando el retrato de su padre.) ¡Oh, padre mío! Al morir me dijiste quiere mucho á tu madre, porque es muy buena, y ahora...

LUCÍA (Dentro.) ¡Agustín!

ENR. ¡Oye!

SAL. ¡Ah! cree que es él el que ha cerrado.

LUCÍA ¡Agustín, abre!

ENR. ¿Lo oyes? Ha dicho «*¡abre!*» ¿Lo oyes?

SAL. ¡Oh!

ENR. ¡Y permaneces impasible!

LUCÍA ¡Agustín!

ESCENA VI

DICHOS y DON AGUSTÍN

AGUS. Hasta luego, encantadora amiga. (En la puerta.)

SAL. ¡El! ¡Adiós!

ENR. Piénsalo bien, ó sales de esta casa ó conmigo no cuentes.

SAL. ¡Piensa tú lo que pides!

AGUS. (¿Qué sucede?)

ENR. En cuanto á él... ¡Vete, Salomé, vete, déjanos; en esta casa no hay hijo, ni hermano, ni pariente tuyo, yo hablaré por todos en nombre de la moral; déjanos porque necesito desahogar mi alma!

TER. (Oyese la campanilla. Teresa viene por el foro.) La señora llama con tal prisa... algún accidente .. (Desde la puerta del foro.)

ENR. Llama, porque la puerta está cerrada, ya se abrirá. ¡Déjenos usted, Teresa, déjenos usted.

TER. Está bien! (Se va.)

AGUS. (¡Ah! Quiéres el escándalo. .)

ESCENA VII

ENRIQUE y DON AGUSTÍN. Enrique va a la mesa donde estará su sombrero y se lo pone

AGUS. (¡Eh!)

ENR. Desearía saber, porque he estado mucho tiempo ausente, si tiene usted en esta casa

alguna autoridad, representación, carácter de persona de la familia.

AGUS. (Buscando el sombrero.) Quisiera yo saber también...

ENR. ¡Qué!

AGUS. (Tengamos calma, no perdamos á la vez los dos asuntos... el chiquillo es violento...) (De pronto.) Quisiera saber con qué derecho me lo pregunta usted.

ENR. Soy, como sin duda sabe usted, el novio de Salomé.

AGUS. Sí, tengo una idea; le conocí á usted poco antes de irse á la guerra.

ENR. Hay que conocerse antes de hablar. Yo me llamo Enrique de Guzmán, soy el hijo menor del conde de Argandaña, soy capitán de ingenieros y traigo dos cruces muy bien ganadas. Sepamos quién es usted, qué es usted, qué profesión tiene, qué arte ejerce, qué carrera es la suya.

AGUS. Aunque el tono con que usted me habla me da derecho á no responder, responderé. Soy... bolsista.

ENR. ¿Bolsista?... ¿Agente de Bolsa?

AGUS. No, señor.

ENR. ¿Corredor?

AGUS. Tampoco.

ENR. ¡Bolsista á secas! Madrileño que entra y sale en la Bolsa, socio de varios círculos, abonado en los teatros, quince luises en banca, barrera en los toros. ¡Don Agustín! ¿No es eso? Pues yo no puedo entenderme con usted, porque usted no es nadie.

AGUS. ¡Caballero!

ENR. ¡Nadie! ¡Y si de algo sirve en el mundo es de lo que hace poco he descubierto yo: de engañar mujeres, de vivir junto á ellas; de escándalo á las hijas, que por obra de usted tienen que dudar de sus madres! No tome usted ese aire de amenaza y de enojo, porque es inútil.¡ Lo que he oído y visto no puede usted negármelo!

AGUS. Pero puedo negarle á usted el derecho de escandalizar.

ENR. ¿Y por qué?

AGUS. Porque con el escándalo no hace usted ningún favor á Salomé.

ENR. Salomé sabe á qué atenerse.

AGUS. No importa. Se vive en el mundo de mutuas concesiones y respetos, y, permítame usted que se lo diga, porque tengo más años que usted, ya que no hay secretos entre nosotros, vamos á buscar soluciones hábiles...

ENR. (Indignado.) ¡Eso es! ¡Soluciones hábiles! Salvar el decoro de quien no lo tiene, evitar que lo que se dice en voz baja se diga en voz alta, vivir de esta hipocresía reinante, en la que todos son sepulcros blancos, ¡blancos por de fuera y por dentro podredumbre y cieno! No, yo soy soldado, vivo de mi honra, y quiero decirle al mundo farisaico en que vivo que doy mi nombre á la hija de una mujer abominable; pero que quiero que se sepa que no paso por las indignidades ajenas!

AGUS. Pues un soldado, como usted dice, no tiene para qué ofender á una señora.

ENR. A una mujer.

AGUS. A una señora.

ENR. A una mujer, digo.

AGUS. Mire usted, joven, está usted ciego... me está usted provocando; cada cual tiene su dignidad. ¿Qué es lo que usted quiere?

ENR. Quiero... quiero hacer justicia, y matarle á usted como se mata á un perro.

AGUS. ¡A mí! (Avanzando hacia él. Sale Salomé y se abraza á él.)

SAL. ¡Enrique! (Suena la campanilla del cuarto de Lucía.)

AGUS. Quiere usted, el soldado... matarme... si me dejo, así, de valiente, sin ninguna forma social... Vaya, don Enrique, las cosas claras... Si lo que usted desea es un escándalo madrileño, lo sentiré por usted y por la novia, y lo acepto; pero si lo que desea es un lance en serio, sin testigos...

ENR. ¡También lo acepto! Solos, con cuatro amigos... Pero si un periódico, el más insignificante, habla de ello...

AGUS. Hablará si usted lo cuenta, porque yo de-

testo la publicidad. Por mí no ha de saberse.

ENR. ¡Sea!

SAL. No, yo no lo permitiré. ¡Mi deber es otro!

ENR. ¡Calla, Salomé, calla!

AGUS. ¡Cuando usted quiera y como usted quiera! (Dándole una tarjeta.)

ENR. ¡Sin que nadie lo sepa!

AGUS. Entendido.

ENR. (¡Le mato, te juro que le mato!) (A Salomé.)

AGUS. (¡Pobrecillo! Le doy una estocada y hago el negocio más redondo de mi vida!) (Salomé forcejea con Enrique, el cual la aparta de sí y corre á la puerta del foro. Al mismo tiempo Lucía repite dentro: «¡Abrid! ¡Abrid!» Enrique y Salomé cambian palabras precipitadas al mismo tiempo que cae el telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

TERESA, luego EL DOCTOR. Al levantarse el telón entrará en escena un hombre y, según le indique Teresa, quitará el retrato de la pared

TER. Entre... sin ruido. (Va á la puerta del cuarto de Lucía.) No se la oye... (Volviéndose hacia el hombre.) Vamos, pronto, quite aquel retrato de allí. No vaya usted á estropear la pared. El clavo debe estar muy sólido... Diez años hace que el retrato está clavado ahí. (Suena un timbre.) Voy. (Va al cuarto de Salomé y dice desde la puerta:) Sí, ya lo están quitando. ¿Le quieres ahí? Bueno. (El hombre bajará en este momento y llevará el retrato á donde le han dicho.) Ahora vamos á ver qué dice el Doctor... ¡Ah!...

ESCENA II

TERESA, EL DOCTOR

DOCTOR Teresa, deme usted recado de escribir.

TER. Allí. (Señalando á la mesa.) ¿Cómo está?

DOCTOR Está levantándose. (Escribiendo una receta.) Envie usted por eso... y si pueden ustedes lograr que no hable con nadie...

TER. Difícil será.
DOCTOR Reposo absoluto. (Se levanta.)
TER. Sí, sí.
DOCTOR Absoluto. ¿No ha venido... don Agustín?
TER. Hoy no.
DOCTOR Teresa, nosotros somos como los confesores. y yo hace ocho años que vengo á esta casa...
TER. Sí señor, sí, ya le veo á usted venir.
DOCTOR ¿Ha habido algún disgusto?
TER. ¡Y gordo!
DOCTOR ¿Una ruptura?...
TER. Acaso.
DOCTOR Me alegraría por Salomé... Los hijos son los que pagan estas cosas
TER. ¡Ya lo creo! ¡Pobres hijos!
DOCTOR En fin, como yo no puedo hablar de eso, recomiendo tranquilidad, quietud, calma, reposo... porque la medicina no tiene otros medicamentos para las pasiones.
TER. Vaya usted con Dios.
DOCTOR Adiós, Teresa, adiós, yo volveré mañana. (Vase.)

ESCENA III

SALOMÉ, TERESA

SAL. (Saliendo muy agitada.) ¿Qué sabes? ¿Qué has averiguado? ¡Habla! ¿Qué ha sucedido?
TER. Don Enrique no está en su casa, don Agustín tampoco.
SAL. Mi madre. .
TER. El Doctor le ha mandado levantarse... la hermana Cleta ha pasado la noche á su lado. . Allí viene.
SAL. ¡Oh! No tengo valor... ¿Le dijiste aquello?
TER. No he tenido tiempo....
SAL. Díselo ahora mismo, y avísame...
TER. Si no quiere usted verla...
SAL. Y en cuanto sepas algo de Enrique, ven.
TER. No tenga cuidado.

ESCENA IV

TERESA, LUCÍA

LUCIA ¡Teresa! (Muy agitada.)

TER. Señora.

LUCIA ¿Qué sabes? ¿Qué ha pasado? A tí no tengo para qué ocultarte mi ansiedad... son las dos de la tarde, se habrán batido por la mañana, lo he oído, allí, encerrada, les conozco á los dos, se odian, uno de ellos tal vez no exista...

TER. Y á usted le interesa sobre todo...

LUCIA ¡No, no sigas; para qué he de engañarte á tí, si ya no tengo hija, si Enrique me desprecia, si lo arr,esgo todo por ese hombre que hoy expone su vida por mí, si no me queda ya en el mundo más que él!..

TER. ¡Está ciega!

LUCIA ¿No es natural que todo mi sér responda á un sólo sentimiento?... Ponte en mi caso, suponte jóven, habiendo perdido la honra y la calma .. por un hombre.

TER. Es que yo no la hubiera perdido.

LUCIA ¡Reproches!

TER. Yo, después de lo sucedido ayer, hubiera echado de mi casa á ese hombre; eso es lo que hubiera hecho Teresa Manzano; la señora me pregunta, yo contesto.

LUCIA ¿Y qué habría adelantado? Lo sucedido no tiene remedio, mi hija no puede respetarme nunca... ¿No estás viendo que nos evitamos la una á la otra? ¡Que no podemos, que no debemos ya encontrarnos frente á frente!... Pero todas estas reflexiones son tardías... Tú no has estado en casa de Agustín...

TER. Y en casa de don Enrique. Ni en uno ni otro lado saben de ellos.

LUCIA ¿Hablaste del duelo?

TER. No, señora; la señorita me lo prohibió.

LUCIA Es verdad; no debe saberlo nadie más que

ellos. ¡Corre otra vez, vé, dame la única compensación que puedo tener; mira, Teresa, que estoy loca!

TER. ¡Sí, sí, ya lo veo! Volveré; pero antes tengo que dar á usted un recado de su hija.

LUCIA ¿Qué es ello? ¡Ay, mis fuerzas flaquean, no puedo más!... (Cayendo en el sofá.)

TER. La señorita...

LUCIA ¿Qué?

TER. La señorita desea que le niegue usted en toda regla, en forma legal, el consentimiento para casarse.

LUCIA ¿Y por qué?

TER. El juez va á venir.

LUCIA ¡El juez!

TER El juez y el notario. Si don Enrique sale con vida de ese desafío, esta misma tarde quedará depositada la señorita en casa del juez mismo. El escrito pidiendo el depósito ha sido remitido esta mañana. Todo lo que la ley exige quedará hecho hoy si usted niega el consejo. Niéguelo usted, es la única solución posible.

LUCIA Pero no comprenden que las gentes dirán...

TER. Las gentes, señora—y permítase á la criada que lleva tantos años en la casa decir la verdad sin rodeos,—las gentes saben de sobra lo que sucede, y no dirán sino lo que deban decir.

LUCIA ¡Me deja! (Llorando.)

TER. Y más valdrá que la señora firme ese papel en seguida...

LUCIA Ahora mismo. No puedo negar nada. ¡Mi hija me abandona!

TER. Nos vamos todos.

LUCIA ¡Tú también!

TER. Todos. Mi amo se ha ido ya... (Señalando al sitio donde estuvo el retrato.)

LUCIA ¿Quién ha arrancado de ahí...?

TER. La señorita se lo lleva.

LUCIA ¡Oh, Dios! Dadme fuerzas hasta el fin... (En el reloj suenan las dos.) Las dos. ¡Y sin saber nada! Sin saber si á lo menos me queda él... ¡Voy, voy en seguida!

ESCENA V

TERESA y DON AGUSTIN, con un brazo vendado. Hágase la escena con rapidez

AGUS. ¡Teresa!
TER. ¡Usted!
AGUS. Por un instante no más. La señora...
TER. ¿Viene usted herido?
AGUS. Y vivo de milagro. ¡Tiraba á matarme! No le creí tan fuerte. La señora...
TER. La señora está mala.
AGUS. Bueno, pues es preciso que usted vaya á su cuarto y me traiga una cartera llena de papeles míos que hay allí, sobre el escritorio, sin que la señora lo vea.. ¡Yo me voy para siempre!
TER. ¡Don Agustín! ¿Es de veras?
AGUS. Sí.
TER. No se ofenda usted de lo que voy á decirle. Los viejos lo decimos todo.
AGUS. ¡Qué!
TER. No le creía á usted tan caballero.
AGUS. ¿Aprueba usted mi conducta?
TER. ¡Se va usted y no vuelve! Voy por eso ahora mismo. ¡Ay, don Agustín, se le puede perdonar á usted todo!

ESCENA VI

DON AGUSTÍN. Después CARLOTA

AGUS. ¡Diablo de capitán! (Tocándose la herida.) Si no paro el golpe á tiempo, me mata.
CAR. Esperad ahí abajo.
AGUS. ¡La viuda!
CAR. ¡Gracias á Dios, señor perezoso, gracias á Dios!
AGUS. Usted por aquí...
CAR. Le he esperado á usted en vano... (Reparando en la venda.) ¿Qué es eso?

AGUS. (Con tal que no vengan ni la madre ni la hija...) Esto es... ¿quiere usted saberlo?
CAR. ¡Oh, sí, hable usted!...
AGUS. Esto es... que me he batido esta mañana.
CAR. ¿Y por qué?
AGUS. (Mirando á todos lados.) Por usted.
CAR. ¡Por mí!
AGUS. (¡El duelo ha de quedar secreto... se lo aplico!)
CAR. ¿Se ha batido... usted por mí?
AGUS. Y á poco más no vuelve usted á verme... Usted me encargó que le quitara de enmedio el *oso* aquel, y antes de que hubiese ocasión de suprimirlo, oí hablar en la Peña de usted y de él...
CAR. ¿Qué decían?
AGUS. Esas cosas que se dicen en Madrid siempre. Un indiscreto, un maldiciente, dijo que si usted se dejaba querer por el tal... Le di una bofetada, quedó convenido que nos batiríamos sin dar publicidad al caso. Nadie lo sabrá.
CAR. ¡Agustín!
AGUS. Nada, no es nada; pero yo he cumplido con mi deber.
CAR. ¡Agustín! (Ternísima.)
AGUS. Y ahora... soy de usted... y no tengo más que una palabra.
CAR. (¡Es todo un hombre!)
AGUS. (¡Ya es mía!)

ESCENA V

DICHOS. TERESA con una cartera grande

TER. Tome usted. (Aparte á Agustín.)
AGUS. ¿Lucía se ha enterado?
TER. No: está escribiendo algo muy interesante.
AGUS. Gracias. Carlota, estoy perdiendo fuerzas, necesito reposo... y necesito saber de una vez si sus hijos de usted pueden tener segundo padre.
CAR. ¡Oh, sí!
TER. ¿Qué dicen? (Se va.)

AGUS. Déjenos usted. (A Teresa, que se va.)

TER. (Con tal de que no parezca más por esta casa y se lo lleven los demonios...)

CAR. Venga usted á verme.

AGUS. Yo soy hombre práctico. Madrid nos conoce á todos, Madrid chismorrotea, Madrid dice mil tonterías, Madrid vive de todo eso. Usted y yo somos dos personas formales, usted tiene una fortuna que yo no quiero conocer...

CAR. ¿Por qué no?

AGUS. Porque yo... desprecio el dinero, no veo en usted más que una mujer encantadora, un talento muy grande, una personalidad aparte, y yo la adoro á usted, y sólo siento que sea usted rica, es lo único que siento, porque amar á una mujer rica es siempre sospechoso... Y, en fin, Carlota, ¿quiere usted que nos vayamos lejos, muy lejos: á Francia, á Inglaterra, á Suiza, al demonio, donde yo pueda amarla á usted, educar á sus hijos, ser modelo de esposos y padres?

CAR. Donde usted diga.

AGUS. Cosa hecha. ¡En tres días me curo, en seis nos vamos, y dentro de dos meses... el uno para el otro!

CAR. ¡El uno para el otro!

AGUS. Despídase usted de Lucía y no le diga usted nada, no sea usted vanidosa de su dicha; yo, al marcharme, acabo con las calumnias madrileñas; se acaba esta murmuración, que me cuesta mucho trabajo, y mucho dinero, y seamos felices. ¿No es verdad, Carlota, que seremos felices?

CAR. ¡Oh, sí, muy felices!

AGUS. Mañana en su casa de usted. La semana próxima en viaje...

CAR. ¡Sí, eso!

AGUS. (¡Ah! Por fin, que aquí se arreglen ellos. ¡Qué cinco años! Liquidación general. La vida asegurada.)

ESCENA VI

LUCIA, CARLOTA

CAR. ¡Hermoso corazón! ¡Lucía! ¡Lucía!
LUCIA (Con un papel en la mano.) ¿Quién es? ¡Ah! ¡Carlota! (¡Oh, qué persecución!)
CAR. Perdona si he vuelto á verte Como ayer no pude... Me dijeron que estabas mala.
LUCIA Y lo estoy.
CAR. Pues, ¿qué tienes? Te veo desencajada, impaciente...
LUCIA No sé; pero hace días... (Mirando disimuladamente su reloj.) ¡Las dos y cuarto!
CAR. ¿Ya le hiciste mi encargo á don Agustín?
LUCIA Aun no le he visto.
CAR. (¡No le ha visto!)
LUCIA (¡Si supiera que tal vez está herido!...)
CAR. (¡Si supiera que está herido por mí!...) ¡Ah! ¿No le has recibido?
LUCIA ¿Cuándo?
CAR. Ahora mismo.
LUCIA ¡Teresa! ¡Teresa! (Levantándose.)
CAR. Te extraña, ¿verdad?
LUCIA ¿Por qué? (Muy airada.) No le iba á recibirle estando acostada; digo, á menos que sigas suponiendo...
CAR. Yo no supongo nada. (Aparece Teresa.)
LUCIA ¿Estuvo don Agustín?...
CAR (No sé si se lo diga... por si acaso.)
TER. Un momento; volverá. Está ligeramente herido.
LUCIA (¡Ah!)
CAR. ¿Qué?
LUCIA No, nada. Dice que traía un palco para el Español.
CAR. ¡Qué fortuna tienes! A mí siempre me cuestan el dinero. Para mí no hay tifas.
LUCIA Como él conoce á tanta gente...
CAR. ¡Es claro!
LUCIA (¿Por qué no me vió?)

CAR. Vaya, Lucía, somos bastante amigas para que me confieses que te pasa algo...

LUCIA Sí, mujer, sí; son cosas de familia, sucesos que ocurren en las casas... pérdidas en la fortuna... ¡Todo no se puede decir!

CAR. Es claro. Ni yo quiero saberlo; pero siento que la ocasión no sea apropósito para darte una noticia y pedirte un consejo.

LUCIA (¿Por qué se ha marchado sin verme?)

CAR. A una amiga de la infancia hay que consultarle estas cosas.

LUCIA Te lo agradezco mucho.

CAR. Pues... me caso.

LUCIA (Mirándola fijamente.) ¿Te casas?

CAR. Sí; creo que así no me conviene vivir, sola, con tanto chiquillo... Por eso tenía empeño en quitarme de enmedio al moscón aquel.

LUCIA ¡Extraña noticia!

CAR. ¿Por qué? ¿Porque te había dicho que no... toreaba? Pues he encontrado un toro claro, como dicen los revisteros, y...

LUCIA ¿Y la boda?

CAR. En seguida. La haré fuera de Madrid, para evitarme gastos, invitaciones... Me despido de ti, y me voy .. adonde Dios quiera.

LUCIA Te envidio tu dicha.

CAR. Y cuando sepas quién es el novio...

LUCIA ¿Le conozco?

CAR. Mucho.

LUCIA ¿Es digno de ti?

CAR. Excelente persona.

LUCIA ¿Y se llama?...

CAR. (Vacila.) No, no; pudiera desarreglarse, y yo tengo mucho amor propio... Pero, figúrate, entre tus relaciones, un hombre todavía joven, buen mozo, valiente probado... en fin, no te digo más, porque...

LUCIA Sí, sí, dilo. ¿Por qué no he de saberlo?

CRIADO Don Enrique, que está en la planta baja del hotel, pregunta si la señora de Marín tendría inconveniente en bajar un momento para firmar en un documento...

CAR. ¿Yo? Voy, con tu permiso...

LUCIA Pero ese novio...

CAR. Vaya, no te hago tan tonta; ya te lo has figurado. Y como ya no quiero molestarte más y desde abajo me marcharé, me despido de de tí hasta Dios sabe cuándo.

LUCIA ¿Te vas para no volver?

CAR. ¡Ay, hija mía, ya se te ha olvidado lo que son viajes, y preparativos de boda, y gobernar tantos chiquillos!... ¡Uf! yo no tengo ya tiempo para nada; sé que vas á alegrarte cuando sepas con quién me caso, y á tí más que á ninguna, ha de parecerte bien mi resolución, porque acaso te convenga también.. ¡Adiós, adiós, no digo más! ¡Adiós, guapísima... (Besándola.) enferma y todo estás siempre tan guapa!... (¡Si no me voy... lo suelto!)

ESCENA VII

LUCIA; después SALOMÉ, vestida de negro

LUCIA ¿Qué pasa aquí? ¿Qué nuevas desdichas presagia mi corazón? ¿Cómo es que Teresa no?... (Yendo á la puerta segunda derecha.)

SAL. (¡Ah!) (Saliendo y viéndola.)

LUCÍA (¡Salomé!)

SAL. (¡Mi madre!) (Quedan: Salomé junto á la puerta de su cuarto, y Lucía, que se ha apartado al ver á su hija delante de ella junto á la puerta del suyo. Las dos hablan durante toda la escena sin mirarse, con los ojos bajos, con timidez, con miedo. Hagase con gran cuidado la escena y lentamente.)

LUCIA Creí que me habías llamado...

SAL. No, yo creí oirte llamándome...

LUCIA No, yo no te llamé.

SAL. Ni yo tampoco.

LUCIA Teresa me ha dicho...

SAL. ¡Ah, sí! Como estabas acostada, y yo no quería molestarte...

LUCIA Teresa me dijo que no salías de tu cuarto...

SAL. Es verdad.

LUCIA Hace un siglo que no nos vemos...

SAL. Desde ayer...

LUCIA (¡Me va á recordar la escena de ayer!). Eso es; desde que... yo no sé cómo... en un momento de equivocación, por un error de nombres... dije... quise haber dicho... Tal vez oiste mal.

SAL. ¡No... yo no oí nada, absolutamente nada!

LUCIA ¡Oh! Salomé... (Tiernísima.)

SAL. ¡Nada, absolutamente nada! (Pausa.) Teresa te habrá dicho...

LUCIA Sí, que deseas casarte... contra mi voluntad.

SAL. No, no es precisamente eso.

LUCIA Es verdad; que... Enrique desea hacer las cosas así...

SAL. Porque de no hacerlas así... en vez de una boda con el consejo negado, cosa muy corriente, lo que sucedería aquí sería un... rapto.

LUCIA ¡Un rapto!... Sí, eso es; porque tú... él... los dos quereis... tú quieres salir de esta casa en seguida... ¿No es eso?

SAL. Sí. (Después de una pausa.)

LUCIA Sin temor á que se diga que yo pongo reparos á Enrique...

SAL. ¿Quién va á dudar de él? De los que no sepan por qué se hacen las cosas de este modo, no le importa gran cosa... De los que sepan lo que sucede...

LUCIA ¡Oh!

SAL Es decir, lo que él dice que sucede; porque yo... no lo sé, no quiero saberlo; no hago más que lo que él quiere; tú estás enferma, estás... preocupada... En fin, madre... ¡por la Virgen Santísima!... (Llorando.)

LUCIA (Avanzando de medio lado, con los ojos bajos y tendiéndole el papel.) Aquí está el papel.

SAL. (Avanzando lo mismo, sin mirarla y tomándolo.) Gracias. (Vuelven á apartarse.) Supongo que no han de tardar en cumplirse las formalidades legales... Nadie te molestará. Para la diligencia del depósito vendrán abajo, al piso bajo del hotel... El juez es el señor Martín, nuestro amigo; á su casa iré depositada... la ley lo permite... Y después...

LUCIA Después... yo ya no existiré...

SAL. ¿Eh?

LUCIA Yo ya no existiré para tí... ¿no es eso?

SAL. Seré la mujer de mi marido... haré lo que él mande... ¡es decir, si Enrique vive! (Pausa.)

LUCIA ¡Salomé!

SAL. ¡Madre!

LUCIA ¡Salomé, mírame á la cara! Un instante no más... te lo suplico... (Salomé la mira.) Salomé, me perdo...

SAL. (Vivamente.) ¡Oh, no, no, no acabes la palabra! No me hagas sufrir más, no te empeñes, por Dios te lo pido, en que yo tenga que hablar contigo de lo que debe parecerme un sueño... ¡qué más quieres de mí, que más puedes pedirme!... Lo que sucede aquí, para tí podrá ser un tormento, pero para mí... es una desgracia, una eterna desgracia, déjame con ella, no hablemos de lo pasado, porque si sobre lo pasado tuviera que llorar todavía más desdichas, si á estas horas mi Enrique, mi amor de mi alma. estuviese atravesado de una estocada...

ENR. ¡Salomé!

SAL. ¡Ah! ¡Tú! (Se abrazan.)

ENR. ¡Yo, Salomé mía!

SAL. ¡Bendito el Señor! ¡A qué tiempo llegas!

ESCENA VIII

LUCIA, SALOMÉ y ENRIQUE. Mientras se abrazan Lucia va á la puerta de su cuarto y oye sin que la vean

ENR. No hubiera subido si no supiera que tu madre no se ha levantado. Una hermana de la Caridad que pasea por el jardín me lo ha dicho...

SAL. Sí, ha pasado la noche junto á ella.

ENR. Hablemos, pues, de prisa, y resolvamos pronto; esos señores están abajo, te esperan, yo no debo estar presente, ni tu familia tampoco, la ley lo manda así, y ellos no me han visto, pero ahí están, baja firma, te lle-

varán en depósito y quedarán terminadas las formalidades, y tú y yo satisfechos, y en tres meses, yo me encargo, ¿qué digo yo? Madrid se encargará de explicar por qué el permiso de ayer se ha trocado en negativa; pero como ya Madrid sabe quién es tu madre...

SAL. No seas cruel.

ENR. No seas tú débil ni tolerante hasta el exceso... ¿Estás ó no persuadida de que entre ella y nosotros ya no hay lazo posible?

SAL. (En voz baja.) Sí.

ENR. Pues, ea, baja, firma, ratifica tu decisión, y sal ya de aquí, porque de verte en esta casa, de verme yo mismo...

SAL. Pues si... ese señor no vuelve... si aun pudiéramos...

ENR. ¡Qué!

SAL. ¡No, nada!

ENR. ¡Vacilas! Sí, veo que vacilas, te aterra la decisión que tomas...

SAL. ¡No!

ENR. Sí, no te resuelves... te esperan y no te mueves de aquí... pues entonces rompe ese papel, me es igual; no debes estar más, no estarás, te llevaré por fuerza, sabrá Madrid que te saco violentamente de esta casa maldita...! (Cogiéndola.)

SAL. ¡Enrique!

LUCÍA (Saliendo.) ¡Oh, basta de tormento!

ENR. ¡Nos oía!

LUCÍA ¡Ya dí mi firma, ya no hay que volverse atrás de nada... pero es usted cruel... es usted implacable!

ENR. ¡Implacable! ¡Implacable yo...! Pretende usted...

LUCÍA No, no pretendo nada, no pido nada... Salomé, adiós!

ENR. (A Salomé.) ¡Vamos!

SAL. Espera... Yo entiendo mi deber mejor que tú... hay hijas que insultan, y hay hijas que perdonan... ¿Me dejas... que le diga adiós por la última vez? (Enrique hace un gesto de asentimiento y se vuelve de espaldas.)

LUCÍA ¡Salomé... (Madre é hija se abrazan llorando. Salomé se separa y se va puerta foro, sollozando con el alma transida de dolor.)

ESCENA X

LUCÍA y ENRIQUE

ENR. Y ahora.. una palabra.

LUCÍA ¿Qué más desea usted?

ENR. No he de irme sin que retire usted el calificativo de «implacable» que no puedo aceptar... ¡Quiero que reconozca usted que no he podido, que no he debido obrar de otro modo! Yo volvía de mi honrada campaña dispuesto á ser dichoso, aquí, al lado de usted con Salomé, viendo en usted una segunda madre... ¿Qué culpa tengo yo de lo sucedido? ¿Por qué no la encontré á usted casada con ese hombre?

LUCÍA ¡Porque él nunca quiso!

ENR. Y á la vez...

LUCÍA ¡A la vez... surgió la pasión, porque... tengamos el valor de declararlo... en la vida, hay pasiones!

ENR. ¡Tengamos también el valor de decir que donde hay deberes que cumplir, la pasión debe hallar cerradas las puertas del alma!

LUCÍA ¡Enrique...!

ENR. Y ahora... la paz perdida... la fortuna en ruinas, los hijos desgraciados... la madre *sola*, sí, sola, porque ya la viuda de Marín me lo ha dicho: ¡se casan!

LUCIA (Iracunda, desesperada.) ¡Qué!

ENR. Sí.

LUCIA ¡Era con él! (Cayendo anonadada en el sofá.)

ENR. Y se van... y aquí quedamos todos desunidos y tristes .. pero insisto en sostener la moral de mis actos. El trato es imposible, y la culpa no es nuestra.

LUCIA ¡Sola! ¡Abandonada! ¡Engañada! ¡Y he pasado cinco años de mi vida esclava de ese hombre... y le he sacrificado mi fama, mi

fortuna, mi tranquilidad... mi existencia!... ¡Oh! ¡Miserable de mí! ¡Miserable de mí! (En la mayor desesperación, mesándose los cabellos.)

ENR. Lucía, créame usted, por Dios que me escucha, por la memoria de mi santa madre, por lo que más amo en este mundo... Daría mi vida, mi gloria, mi carrera, mis honores, todo, todo aquello para que vive un hombre honrado, por no saber, y porque el mundo no supiera, lo que en esta casa ha sucedido... Poder huir lejos, muy lejos, y tal vez un día poder decirle á usted que el tiempo y la edad lo borran todo... Pero no puedo; del mundo se vive: he visto yo mismo lo que más podía convencerme de la realidad: yo vivo del honor, de la consideración, del respeto públicos; no me crea usted duro, ni implacable, ni malo. . ¡Pero no puedo, no puedo, no puedo!

LUCIA (Desesperada.) ¡Oh, sí; idos, idos todos! Dejadme morir aquí en mi soledad. ¡Todo se ha concluído!

ENR. Sí, todo... (Al ir á coger el sombrero, ve aparecer á la Monja puerta foro.)

ESCENA ULTIMA

LUCIA, ENRIQUE, la Hermana CLETA, TERESA

CLETA Si la señora no me necesita, me esperan en el convento.

LUCIA (Al oir la voz de la Hermana parece como iluminada por una idea salvadora.) ¡La Hermana! ¡La Hermana! (Se levanta. Teresa aparece con mantilla y un saco de viaje en la mano, y dice dirigiéndose á Enrique.)

TER. La señorita sale ya de casa... Yo quisiera quedar al servicio de usted hasta que...

ENR. Bueno, sí, pero espere usted... (Muy fijo en el gesto de Lucía.)

LUCÍA (Volviéndose hacia la Monja.) Hermana...

CLETA Señora...

LUCÍA ¿Usted me dijo ayer que se puede vivir en el convento?...

CLETA En los nuevos pisos; sí, señora...

LUCÍA ¿Que puede una mujer, desengañada del mundo, pasar allí el resto de su vida?...

CLETA ¡Como una santa!

ENR. (¡Ah! ¡Renuncia al mundo!)

LUCÍA Pues bien... ¡Mi corazón necesita la calma... vamos!

CLETA ¡Bendito sea Dios, y qué alegría va á ser la de áquellas madres!

LUCÍA Vosotras seréis para mí, de hoy más, hermanas, ¡herederas, consuelos y esperanzas!

CLETA (Cogiéndola y estrechándola entre sus brazos.) ¡Qué conquista tan grande!

ENR. ¡Oh, Teresa, qué triste fin de vida!

TER. (Entre compasiva y desdeñosa.) ¡Pobre mujer!

ENR. ¡No, Teresa, ella no! ¡Pobres hijos! ¡¡Pobres de nosotros!!

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE D. EUSEBIO BLASCO

DRAMÁTICAS

Vidas ajenas.
La niñez engañosa.
La antigua española.
La mujer de Ulises (4.ª edición)
La tertulia de Constanza.
El joven Telémaco (4.ª edición).
Un joven audaz (4.ª edición)
El amor constipado (2.ª edición).
El vecino de enfrente. (3.ª edición).
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco (4.ª edición).
No la hagas y no la temas 2.ª ed.
La mosca blanca (2.ª edicion.)
Los dulces de la boda (2.ª edición).
La corte del rey Reúma.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La rubia.
El baile de la condesa.
Pascuala.
La procesión por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos.
La Rosa amarilla
De prisa y corriendo (1).
Juan García.
Pobre porfiado (5.ª edición).
Las niñas del entresuelo.
El bastón y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galán.
Moros en la costa.
Todo por el arte.
¡Si yo tuviera dinero!
Día completo (2.ª edición.)
¡Ultimo adios! (3.ª edición).
El centinela.
Cabeza de chorlito.
La posada de Lucas.
El guapo rondeño.
El capitán Marín.
El secreto.
Juan León.
¡Duerme!
El Angelus.
Los dos sueños.
El mensajero de paz.
¡Madre mía!
La cruz del túnel.
¡Pobres hijos!

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.

NO DRAMÁTICAS

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (1).—*Una señora comprometida* (Segunda edición).—*Los dulces de la boda* (Novela).—*Esto, lo otro y lo demás allá.—Soledades* (Poesías).—*Flaquezas humanas* (Cuentos y relaciones).—*Noches en vela* (Poesías).—*Mis devociones.—Mis contemporáneos.—Epigramas —Malas costumbres* (Poesías festivas).—*Ellos y ellas.—El modernismo en Francia.—Conferencias en el Ateneo de Madrid sobre Bretón de los Herreros.— París íntimo.— Recuerdos.— Corazonadas* (Poesías nuevas).

EN PRENSA

MEMORIAS DE CUARENTA AÑOS

PUBLICACIÓN BISEMANAL CON GRABADOS

(1) Obra en colaboración con varios escritores.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.